

EL VELO DE LA NOVIA

(De un día, al salir del instituto)

Para María Teresa

Luis Junco

Suele ocurrir que los días se parecen los unos a los otros, y discurren acumulándose, indistinguibles. Pero a veces alguno, especialmente si es lluvioso, trae en su final decurso la sorpresa de llevarte, como al delta adonde afluyen los caudales, ante el confuso acúmulo en que han acabado desembocando años, hechos, seres y los restos de ti mismo. Con ese espeso barro entre las manos, sientes, entonces, un deseo irrefrenable de reconstruir.

Y digo que conmigo suele suceder en días de lluvia, como ocurrió con éste, en el que me fue dado reconstruir el velo de la novia.

Desde la mañana había sido un día gris, de muda innumerable, una piel deshaciéndose en hilillos de escamas brillantes que eran arrastradas por el agua. El trabajo duro y poco gratificante de la mañana a la noche: clases de fin de trimestre a la mañana, notas y evaluaciones hasta la última hora de la tarde. Difícil distinguir el día de la noche, pues la luz eléctrica estuvo prendida a todas horas. De pronto se apagó, en medio de una reunión, y nos quedamos a oscuras. Cuando volvió, alguien nos trajo una noticia: a pocos metros había ocurrido un atentado: un joven guardia civil había sido asesinado de un disparo, había habido un tiroteo, más heridos y un terrorista huido y perseguido por las fuerzas del orden. Salimos a la lluvia y a la oscuridad y fuimos recibidos por un terrible caos circulatorio. Pitidos y gestos enérgicos y conminantes de agentes de tráfico, desconcierto y largas filas de motores ronroneantes e impacientes por volver a casa después de la larga jornada de trabajo. Pero pasaba el tiempo y aquello apenas se movía: cundía la sensación de estar atrapados en una jaula, sin posible escapatoria. Sintonicé la radio. Se daba la noticia de que hacía unos minutos, en el lugar del atentado, a pocos metros de donde yo estaba, se había hecho explotar el coche de los terroristas, que había resultado ser un coche bomba: una tremenda explosión de más cien kilos de explosivo que había ocasionado múltiples destrozos en las casas de los alrededores y cuya onda expansiva se había sentido en kilómetros a la redonda.

Extrañamente, yo no había notado nada en absoluto. Dónde estuve ese tiempo, me pregunté más tarde, sin acertar con la respuesta.

Tardé más de una hora en llegar a casa, un trayecto que normalmente se hace en siete minutos. María Jesús tenía puesta la televisión, que repetía la secuencia de la explosión y la impresionante llamarada que había reducido al coche a un amasijo de metales retorcidos. Ha sido tremendo, me dijo, tembló toda la casa y el perro no sabía dónde meterse. Aún estaba nervioso y me miraba con las orejas gachas y esa expresión en la mirada con la que se demanda ayuda. Pues yo no he sentido nada y estaba al lado, dije, y creí que también el perro me decía con la mirada que debía estar completamente loco. Fue ése el momento en que, desconcertado, me hice la pregunta sobre mi paradero cuando ocurrió la explosión. Mientras tanto, María Jesús me hacía un resumen de todo lo ocurrido desde las cuatro de la tarde en que todo había empezado en la gasolinera donde habitualmente llenamos el depósito: un control rutinario, dos agentes que piden identificación a los ocupantes de un vehículo, un disparo y la muerte instantánea de uno de los agentes, intercambio de disparos, un terrorista herido y otro –u otros dos, aún no se conocía muy bien– que huye saltando la mediana de la autopista pistola en mano. Lo están buscando por los alrededores, y no podemos evitar mirar hacia la oscuridad del jardín y bajar la persiana. Nuestro hijo, que vive en las casas próximas a la gasolinera, ha conseguido llamar desde su trabajo en el centro de Madrid antes de que las frecuencias de los teléfonos móviles hayan sido bloqueadas por la policía. Volverá en tren, pues la autopista estará colapsada durante horas.

Mientras sigo mirando imágenes en la pantalla del televisor, no puedo evitar volver a buscar explicaciones: cuando ocurrió la explosión, yo estaba dentro del coche, no tenía puesta la radio en esos momentos y a pesar del ruido del motor en marcha, a pesar de que algún bloque de viviendas se hubiera interpuesto entre el lugar de la explosión y el atasco en el que estaba, no comprendía cómo no pude escuchar la detonación que se producía a trescientos metros escasos, cómo no pude sentir el temblor que sacudió paredes, suelos y cristales en un radio de kilómetros.

Poco más tarde me llamó mi madre, preocupada, a más de dos mil kilómetros de distancia. La tranquilicé, todos estábamos bien, no le dije nada de mi cercanía al lugar del suceso y no le menté cuando le dije que yo no me había enterado de la explosión. Bromeé haciendo alusión a mi habitual despiste. Qué mundo éste, Luisito, por cierto, aquí también llueve como nunca, corren los barrancos del sur y las piedras se desprenden de los riscos. Y ahora esto, el mundo se está viniendo abajo, hijo. Tal vez entonces recordó su otro mundo, también mío, de hacía más de cuarenta años, porque añadió, Por cierto, por fin ayer me fui a visitar a Juanita Suárez, me acercó su hijo Paco hasta su casa. Ya sabes que llevaba años detrás de ir a verla, pero siempre, por una razón u otra, lo retrasaba. Sabía que no podía esperar más tiempo, y ayer, cuando su hijo Paco me lo propuso no lo dudé. Está viejita, fíjate que debe tener muy entrados los noventa años, y tiene que sujetarse a las paredes y a un bastón para poder andar. Al principio no me reconoció, me miraba con extrañeza, hasta que de repente me soltó su habitual, ¡Pero señorita Teresa! Sus ojos brillaron de nuevo y me sorprendió con los detalles de unos recuerdos de tantos años que yo había olvidado. Yo entonces le recordé

un suceso que a mí nunca se me olvidó. ¿Se acuerda, Juanita, del día que casi la mato cuando le tiré encima un saco lleno de piñas? ¡Claro que se acordaba! Fíjese si me acuerdo, señorita María, me dijo, que me parece aún estar viendo cómo sobre mí caían las flores del velo de la novia antes de caer desvanecida al suelo. Cuando desperté, una florecilla que aún tenía en la mano me ayudó a volver al mundo, es una imagen que nunca se me ha borrado del pensamiento.

Mi madre siguió hablando pero yo había dejado de escucharla. Aquellas últimas palabras tuyas seguían resonando en mi mente. ¿El velo de la novia?, pregunté y me di cuenta de que, para su sorpresa, interrumpía lo que me estaba contando. ¿Cómo dices? Pregunto que qué era eso del velo de la novia, eso que te contó Juanita. ¡Ay, pero qué despistado eres, Luisito!, me contestó con su habitual paciencia, El velo de la novia era la enredadera que subía desde el patio hasta el tejado de nuestra casa enredándose en las paredes y en el barandal de la escalera. Se la llama así por la multitud de florecillas blancas que la salpican y que recuerdan a un velo nupcial. A esa enredadera se agarró Juanita cuando le cayó el saco en la cabeza y sintió que se le iba el sentido.

Algo mágico ocurrió en aquellos momentos, algo que me producía alivio y una enorme felicidad, algo que resolvía mi perplejidad y daba sentido a todo -¿sólo lo de aquella tarde? Mientras tanto, mi madre se despedía, Y por cierto, no abran a nadie esta noche, decía haciendo referencia al terrorista huido, y yo, aunque hubiera querido, me sentía incapaz de darle una explicación del contenido que me habían causado sus palabras anteriores.

Ya tendido en la oscuridad aquella noche sin poder conciliar el sueño, me puse a repasar aquel suceso que había ocurrido hacía más de cuarenta años. Debía de ser finales de verano, y en aquel lugar de mi infancia yo ayudaba a acarrear las mazorcas de maíz, que, después de secarse durante un tiempo al sol de la azotea de la casa, eran bajadas en sacos al patio, dos pisos más abajo, con el objeto de empezar a desgranarlas. Recuerdo el sin igual mosaico anaranjado que componían las mazorcas sobre el suelo de la azotea, el crujir de los granos al chocarse y escurrirse los frutos bajo el peso de los pies vacilantes, el áspero tacto de las vainas ya secas, camisas de un color pajizo que por contraste realzaban el naranja fuerte de los granos del millo. Entre mi hermano y yo metíamos las mazorcas en sacos, que mi abuelo Mauricio amarraba y bajaba hasta el piso de abajo. Allí, mi madre, con un pañuelo de colores atado a la cabeza, echaba los sacos por encima del barandal de la escalera al patio, donde Juanita los recogía e iba apilando. De repente, un grito angustiado de mi madre nos sobresaltó, bajamos precipitados las escaleras de la azotea y la hallamos con las manos en la cabeza, la cara pálida como la nieve y alongada sobre la baranda que daba al patio. Allí, al pie de la enredadera, cuan largo era aparecía tendido el cuerpo de Juanita Suárez, junto al que ya había llegado mi abuelo Mauricio. Mientras él la ayudaba a recuperarse, ahora recordaba yo con nitidez el cerco de florecillas blancas de la enredadera que, caídas sobre el suelo como restos de una lluvia prodigiosa, parecía enmarcar toda la escena.

Comprendí que ciertos objetos que en secuencias importantes de nuestra vida permanecen mudos y en apariencia insignificantes, se demuestran de pronto piedras angulares que dan sentido a todo: eso había ocurrido con el velo de la novia. El golpe

del saco de las piñas despojó a Juanita del sentido por unos minutos. La flor de la enredadera se lo hizo recuperar. ¡Cuántos golpes de la vida no rompen a lo largo de los años nuestra existencia, mosaico superpuesto de contadas experiencias, frágil y delicado como un cristal!

Ya sabía yo que ciertos días de lluvia propiciaban en mí intervalos de un sin sentido fructífero y augural: como en un sueño, queda uno atento a algo incierto y propiciatorio, las formas de un dibujo que en un instante las gotas de lluvia parecen a punto de componer en el cristal de la ventana y en el instante siguiente desbarata una ráfaga de viento.

Sin embargo, a veces aparece el ingrediente milagroso. Hacía cuarenta años, una florecilla blanca caída en su regazo ayudó a Juanita Suárez a recuperar el sentido de un mundo perdido por unos instantes. Aquel día lluvioso, las mismas flores blancas del velo de la novia me lo ayudaron a recuperar a mí: su sólo evocación me devolvió el dibujo íntegro del viejo mosaico. Y me hizo comprender por qué no había yo escuchado la formidable detonación.